

¡Huid por mí!

Salvador Funes Garrido
1^{er} Premio categoría junior

Biblioteca de la Universidad Humboldt, Berlin, 10 de mayo de 1933.

Aquel nazi no era un malvado. Sus ojos no eran fuente de terror. Su mirada se perdía lejos del engaño fácil y rehuía la adversidad ajena. Aquel nazi era un exterminador que se sentía víctima de la catástrofe. Se llamaba Emil Zumpt.

Los estudiantes corrían por los pasillos. Algunos profesores se enfrentaban a aquel grupo de perturbados. Otros, asustados, se marchaban con paso lento y cabeza gacha. Los menos colaboraban traidoramente en la enajenación de aquellos días tristes. En los pasillos que otrora estaban frecuentados por Einstein, Marx o Engels, un grupo de camisas pardas degollaban las obras de aquellos intelectuales.

Emil Zumpt echaba libros en su carro como loco y golpeaba estanterías teatralmente. Las órdenes habían sido claras. Ningún volumen de aquellos opositores al régimen debía sobrevivir. Por fin, el pensamiento germano resurgiría más allá de aquellos indignos. Emil era un estudiante aventajado de leyes en aquella misma universidad. No se creía esos discursos fraudulentos. La verborrea de esos tipos era escandalosamente superficial. Alentaban a las masas regalando ponzoña a sus oídos. Es cierto que la vida no era fácil en Alemania desde que se perdió la Gran Guerra. Pero la solución no vendría de una banda de criminales.

Emil sentía nostalgia entre la desolación. Aquella biblioteca había sido su hogar muchas

tardes de invierno. Recordaba las apasionadas lecciones de algunos profesores, cuya cátedra era más que solo conocimiento, era fuego en el alma. Le habían revelado el significado de pensar por uno mismo. Se había colmado de opiniones diversas y creía en la verdad individual, aquella que cada ser descubre para sí. Por eso, aquel discurso patrioterro y xenófobo no había calado en su ser y se sentía una marioneta en medio del averno. Era miembro del partido, pero solo por las ventajas que de aquello se obtenían. Ahora, que no podía dar marcha atrás, se arrepentía. No podía seguir rodeado de charlatanes y petulantes bravucones, o se volvería como ellos, se decía vez tras vez. Se le partía el alma al oler el humo que entraba por los cristales rotos de la ventana. Cada volumen que caía en esa descomunal hoguera era una enorme pérdida.

Los signos de fatiga aumentaban cada vez que el antebrazo de Emil se apoyaba en las baldas para tirar al carro aquellos libros condenados. Cansancio y desaliento eran la explicación de las quimeras que se le aparecían como presagios de tiempos mejores. Fantaseaba con la revolución. Por supuesto, no con una revolución social, ya había visto suficientes en su corta existencia. La conclusión había sido que el ser humano no podía gobernarse, toda buena voluntad se esfumaba en las inmediaciones del poder. Su imaginación anhelaba una revolución en su propia vida.

Salir de Alemania, viajar a un país calido y terminar allí sus estudios. El levantamiento nacionalsocialista era un juego que ya no tenía gracia. Claro, no era nada fácil escapar de allí. Por lo pronto, no solo huiría él, también lo haría alguno de aquellos libros procesados. La sala de novela germana de la biblioteca yacía yerma y desolada.

Se oían voces lejanas de sus compañeros que destrozaban las salas contiguas. Un volumen se había caído de su desbordado carro. Heinrich Mann, *El súbdito*. Era un buen presagio. La obra de un convicto del régimen que satirizaba todo lo que Emil había decidido tachar de su existencia.

-Tú vas a acompañarme en esta excursión, amigo -rezó en voz baja, mirando la portada de aquel afortunado texto.

Era consciente Emil de que no iba a ser fácil la hazaña. Sin dinero y rodeado de cegados anulados intelectualmente. Al menos no era judío, se dijo. Miró hacia un lado, miro hacia otro, entornó la puerta de la sala y se sentó en una de las pocas mesas que quedaban en pie. Se dirigió al carro y, apresuradamente, cogió uno de los libros, sin mirar ni su título. Arrancó la primera página en blanco del mismo y sacó un carboncillo del bolsillo de su pantalón. Rápidamente escribió los motivos por los que había tomado aquella decisión. Era lo justo, si no sobrevivía al intento. El encabezamiento era una orden exacta: ¡Huid por mí!

El humo se levantaba por encima del edificio de la opera en la Bebelplatz. Era una noche tan triste que las letras y las palabras morían en silencio. O quizá gritaban, pero no lo suficiente para acallar la voz de Goebbels, que se desgañitaba ante la muchedumbre. Gritaba la razón y gritaba el cielo berlinés, de horror, al acoger el humo de la hoguera del absurdo. La tinta de las páginas que se abrasaban era lágrimas en el alma de los alemanes asustados que miraban alrededor. Los ríos de lágrimas tintadas era el color de los años que quedaban por venir.

Emil miro hacia atrás y vio la fachada de la universidad en la que no terminaría sus estudios. Levanto la cabeza al cielo cerrando los ojos

durante unos segundos. Acto seguido, aceleró el paso y se perdió en el espesor de la noche.

Facultad de Filosofía y Letras, Plaza del Cardenal Salazar, Córdoba, 8 de julio de 2015.

Algunos gritaban, otros se abrazaban, todos brillaban de ilusión por los pasillos. Acababan de conocer el destino Erasmus al que, en unos meses, se dirigirían. La resolución se encontraba en el tablón de anuncios al final del pasillo.

Marcos se acercaba a paso rápido. Por fin escaparía de aquella pesadilla demencial en la que se había convertido su existencia en el último año. El descubrimiento había desmoronado su mundo. Aún le dolía el estómago al recordar el día del funeral. No había sido capaz de acudir. El abuelo Emilio había sido un nazi. Los recuerdos de todos los años de juegos y cuidados en sus manos se habían evaporado tras el hallazgo. No había hablado de aquello con ningún miembro de su familia, no quería que todos sufrieran la misma decepción. Al fin y al cabo él era quien estudiaba Historia en la universidad y conocía con detalle el significado de haber sido nazi. No podía borrar de su cabeza la imagen de los campos de exterminio y los cadáveres apilados en dirección al crematorio. El abuelo Emilio.

Todo empezó el día que el profesor Huertas propuso una investigación sobre los nazis que se habían ocultado en España tras perder la guerra. Sabía que el abuelo Emilio era alemán, pero nunca se le había pasado por la cabeza asociarlo con la destrucción de la Segunda Guerra Mundial. Cuando era un niño, solía reirse de la forma de andar del abuelo. Con los años, comenzó a sentir pena por aquella ostentosa cojera con la que caminaba. Jamás asoció su edad y procedencia con

aquella minusvalía.

Después vino aquel documental en blanco y negro. No había visto muchas fotografías del abuelo cuando era joven. Apenas había dos en toda la casa. Pero la imagen no le había dejado duda desde que la vio por primera vez. Se trataba de un documental sobre la quema de libros del 10 de mayo de 1933, en que las juventudes hitlerianas habían pasado por el fuego las obras de los intelectuales que el régimen nazi había tildado de antigermánicos. Una de las secuencias mostraba a un grupo de jóvenes arrasando la Biblioteca de la Universidad Humboldt. Ese fue el momento en que todo se desvaneció.

Al principio quiso engañarse a sí mismo, se parece pero no es él. No puede distinguirse, es en blanco y negro. Volvió a ver el documental una y mil veces, hasta que detuvo la imagen, hizo una captura de pantalla e imprimió el resultado. Esa misma tarde les visitó. Aunque no tenía coche, pidió a Álvaro, que si disponía de vehículo, que lo llevara al pueblo del que había salido para ir a formarse a la universidad. Álvaro era su compañero de piso. Le conoció en primero y se hicieron inseparables. Estudiar en la universidad no implicaba un simple desarrollo intelectual. Álvaro era la prueba de que la universidad había supuesto un desarrollo vital, que no podía medirse en los parámetros del expediente académico.

Todas las tardes, el abuelo Emilio salía a pasear por el campo y la abuela tomaba el té dormitando frente a la televisión. Menuda sorpresa se llevó la abuela cuando escuchó el timbre y encontró a Marcos tras la puerta. Pero la sorpresa se acrecentó al escuchar la proposición de su nieto. Le encantaba ver fotografías antiguas y los álbumes estaban por toda la casa.

-Abuela, me encantaría ver fotografías de cuando el abuelo y tu érais jóvenes. Estudiar en la ciudad me da tanta nostalgia del pueblo - inquirió adorable Marcos.

-Eso está hecho Marquitos. Ahora mismo las traigo - respondió la anciana que ese día no tenía que buscar una excusa para echar un vistazo a aquellas fotografías.

Marcos sabía donde tenía que buscar. Había visto ese álbum incontables veces. Mientras la abuela le servía un café, extrajo la fotografía de su funda y la metió en su bolsillo. Tras una hora, el timbre sonó, era Álvaro, tal y como habían quedado, le recogería en una hora para no perder mucho tiempo. Cuando salían del pueblo, Marcos reconoció la forma de caminar. La asimetría de la silueta que caminaba renqueando sobre un bastón ya no le parecía tan inocente como antaño. Marcos pidió a Álvaro que no se detuviera. Simplemente bajó la ventanilla y saludó con la mano al risueño anciano que, sorprendido, le saludaba con alegría. Fue la última vez que le vio con vida.

El piso que compartían Marcos y Álvaro no estaba muy desordenado esa tarde. No tuvieron que limpiar la mesa antes de colocar juntas las dos imágenes. La fotografía que Marcos había arrebatado a su abuela era un retrato tomado el primer día de universidad de un joven seguro de sí mismo. La imagen extraída del documental que había impreso captaba la mirada de un joven perdido. Pero se trataba de la misma persona. No cabía duda. Álvaro apretó su hombro y le dijo que él no contaría nada en la facultad. Álvaro lloró con él cuando el día del funeral Marcos se quedó en Córdoba, sin atender las llamadas de sus padres. Nunca se lo perdonarían.

Aquella beca Erasmus era la escapatoria que

necesitaba. Echaría de menos a Álvaro. El tablón de anuncios estaba enfrente. Se alzaba como la puerta hacia una nueva vida, el prólogo de su empezar de cero. Marcos esperó pacientemente a que se despejaran los alrededores de compañeros que se acercaban a mirar sus destinos. Finalmente, se colocó enfrente de aquella lista que cambiaría su vida y se dirigió al final de la misma. El apellido paterno le recordaría durante toda su existencia el parentesco del que se avergonzaba.

Nombre	Primer apellido	Segundo apellido	Nombre de la Universidad	País de la Universidad	Meses de duración
Marcos	Zumt	Alcaide	Humboldt-Universität zu Berlin	Alemania	10

El tablón de anuncios empezó a dar vueltas. Marcos tuvo que apoyarse de espaldas en la pared. Poco a poco se fue desvaneciendo, hasta quedar sentado en el suelo. Se llevó la cabeza a las manos y lloró. Echaba de menos a su abuelo.

Bebelplatz, Berlin, 10 de octubre de 2015.

Las primeras semanas no estaban siendo nada fáciles para Marcos. La burocracia alemana era un fiasco. Cada día tenía que presentar un nuevo documento que acreditara su condición económica, su domicilio durante el curso, la cuantía de su beca y cuanto se le ocurriría al funcionario de turno. Suerte que había conocido a Frieda, una chica alemana que estudiaba español. Se habían encontrado en una cafetería de estudiantes donde se organizaban intercambios lingüísticos. Frieda le ayudaba con el papeleo y él le ayudaba a practicar español. No obstante, aquel día había quedado con ella con otra intención.

Todavía no había llegado el temido frío y la ciudad era un hervidero de energía. La Bebelplatz

estaba repleta de estudiantes y turistas. Él esperaba a Frieda sentado en las escaleras del edificio de la Ópera con un libro en sus manos. Sus padres le habían enviado una caja con comida, ropa y un estuche oxidado. En la carta que acompañaba al envío le explicaban que, antes de morir, el abuelo había insistido en que dieran esa cajita a Marcos, que solo él sabría qué hacer con ella.

En su interior, había un ejemplar antiguo de *El súbdito* de Heinrich Mann en alemán. En el interior del libro encontró una pequeña nota doblada, en papel amarillento, escrita con grafito que apenas se distinguía ya. Desde que aterrizó en Berlin, veía a su abuelo en cada rincón de la ciudad y necesitaba conocer el contenido de aquel papelito. Frieda apareció con una gran sonrisa y se colocó enfrente de él con los brazos en jarras.

-¿Qué te han pedido hoy, un certificado de las veces que te lavas los dientes al día?- dijo entre risas Frieda en un español casi perfecto.

Marcos sonrió y bajo su mirada hacia el suelo. Dirigió la atención hacia el libro que tenía en las manos y extrajo un papel estropeado que tendió a Frieda.

-Es muy importante para mí saber qué dice en esta nota Frieda- pronunció Marcos con voz trémula.

Frieda miró los ojos azules de Marcos. No conocía a muchos españoles con ojos azules.

Miró el papel, se sentó junto a Marcos y volvió a mirar sus ojos. De repente, su rostro se tornó serio y leyó en voz baja. Una lágrima se asomó, pero no se derramó en su mejilla. Acto seguido inspiró profundamente y comenzó a explicar la nota a Marcos sin desviar la mirada del horizonte.

-Este Emil que firma dice que huyamos por él. Que si estamos leyendo estas palabras es porque él

ya no está. Cuenta que ha estado colaborando con una quema de libros de su universidad y que no aguantaba más. Que en cuanto termine de escribir estas palabras, estará escapando a un lugar donde empezar una nueva vida y que, si él no lo consigue, espera que esta nota sirva para que huyamos nosotros, antes de que las llamas se lleven nuestra alma. Te leo literalmente el final: "Los libros han sido mis amigos durante toda mi vida. Hoy están quemándolos a todos. Este libro es el último amigo que me queda. Llévalo a España, que conozca el sol de Andalucía al que yo he querido huir". Está firmado el 10 de mayo de 1933. Fue el día de la quema de libros que tuvo lugar en esta misma plaza. Esto es un tesoro Marcos, ¿de dónde lo has sacado?

Sin contestar, Marcos se levantó y echó a correr. Gritaba, alienado, que su abuelo no era un nazi. Sus lágrimas salían disparadas hacia atrás mientras aceleraba en dirección a la avenida Unter den Linden. Una de ellas cayó sobre una placa que yacía en el suelo:

Eso fue solo un preludeo, ahí en donde se queman libros, se terminan quemando también personas -- Heinrich Heine

Epílogo

Emil Zumpt corría por las montañas. Atravesar la frontera de Alemania a Francia había sido casi imposible. Pero la frontera de Francia a España estaba siendo aún más peligrosa. En Alemania era un desierto. En Francia, era un alemán. Ya no veía a sus perseguidores. Tampoco vio, pero sí escuchó la bala que le atravesó la rodilla izquierda. Se arrastró tras unos arbustos reprimiendo los gritos de dolor, se hizo un torniquete y esperó a que pasara la tormenta. Horas después un campesino le

despertó. Rápidamente le subió a un carro tirado por un burro. Aturdido, Emil le pregunto: -¿Aquí Andalucía?

-Aquí Cataluña- sonrió el fornido campesino.

Emil percibió que, de nuevo, se le nublaba la vista por la pérdida de sangre. Sintió que el sol le acariciaba el rostro y se durmió.

